

ARTÍCULO

EL EROTISMO Y LAS EXCRECIONES DEL ESPÍRITU

Dr. Ignacio Díaz de la Serna

Investigador Titular "A" del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN)

idiazser@avantel.net

EL EROTISMO Y LAS EXCRECIONES DEL ESPÍRITU

Resumen

Las pinturas murales que hay en la gruta de Lascaux revelan la conciencia de la muerte que ya tenía el hombre posterior al *homo faber*, el *homo ludens*. Georges Bataille hace una interpretación de ese sitio en su obra **Lascaux** o *el nacimiento del arte*, publicada en 1955, con la intención de mostrar por qué el erotismo se opone al mundo del trabajo. De igual manera, explica la importancia que toda prohibición tiene en el mundo social, la cual conduce hacia la experiencia de lo sagrado.

Palabras clave: Erotismo-Prohibición-Trangresión-Sagrado

EROTISM AND THE EXCRETIONS OF THE SPIRIT

Abstract

The mural paintings that are found in Lascaux grotto reveal the consciousness of death had by the man who came after the *homo faber*, the *homo ludens*. Georges Bataille builds up an interpretation about that site in his book **Lascaux** or *the uprising of art*, published in 1955, seeking to show why eroticism is opposed to the world where work prevails. In the same way, he explains the importance that prohibition has within the social world, which leads to the experience of the sacred.

Keywords: Erotism-Prohibition-Trangression-Sacred

SEXUALIDAD Y MUERTE

La gruta de Lascaux¹ —sostiene Bataille al inicio de *Lascaux ou la naissance de l'art*²— no sólo ocupa un lugar eminente en los orígenes del arte. Su importancia crucial reside en el hecho de que sus pinturas son también un testimonio único sobre los orígenes de la historia de la humanidad. Esas pinturas atestiguan ya una conciencia humana de lo prohibido y las posibilidades de su transgresión.

Para poder explicarnos la larga y minuciosa realización del universo mural de Lascaux, es preciso suponer un tiempo dedicado al ocio, un tiempo de “juego”, opuesto al tiempo de trabajo.

En efecto, el mundo del trabajo se opone necesariamente al mundo de la sexualidad y al mundo de la muerte, pues el ámbito de éstos últimos constituye el Obstáculo para un conjunto de acciones utilitarias que se subordinan a un fin determinado. Los hombres —sugiere Bataille— tuvieron que expulsarlos muy pronto del mundo del trabajo, ya que el trabajo es el factor principal que les permitió desprenderse de su animalidad originaria. En este sentido, el trabajo fue el fundamento del conocimiento y de la razón.

Hasta aquí, como es fácil constatar, Bataille sigue de cerca la doctrina hegeliana sobre la transformación dialéctica de la naturaleza por el hombre y del hombre por su trabajo.³

EL VALOR DE LA APARICIÓN

Sin embargo, el pensamiento de Hegel no basta para explicar la realización de las pinturas que decoran los muros de Lascaux. Para ensayar una explicación coherente, hay que admitir la existencia de un tiempo en que la acción, ajena a toda preocupación material que impone la realidad, no contempla alcanzar una meta útil.

El desorden temático de todas esas pinturas es la prueba contundente, según Bataille, de que esos antiguos artistas no tenían preocupación alguna por lo perenne. El significado de sus obras se daba simplemente en *la aparición*, no en la cosa durable que permanece después de dicha aparición. Semejante acción *para nada* recibe el nombre de *juego*. Aun si hubiesen tenido un significado mágico en relación a la belleza animal, brutal a la vez que fascinante, ello no contrarresta la importancia de la siguiente conclusión: la obra mural de Lascaux debe su concreción al ámbito del no-trabajo.

¹ Se encuentra en el valle de la Vézère, muy cerca de la ciudad de Montignac, en la región del Périgord. Las pinturas se han fechado como pertenecientes al primer periodo del Paleolítico superior.

² Esta obra apareció publicada en 1955. Está incluida en el tomo IX de *Œuvres Complètes*. Desde 1930, Bataille había señalado la relevancia del arte prehistórico para llegar a comprender mejor lo que somos. De ese año data el artículo *L'art primitif*, inicialmente publicado en la revista *Documents*. Véase O.C., t. I, p.p. 247-254. En dos obras posteriores, *L'érotisme* y *Les larmes d'Eros*, volverá a muchas de las tesis —corrigiéndolas o ampliándolas— expuestas en *Lascaux ou la naissance de l'art*.

³ Esta doble transformación es analizada por Hegel en el apartado Señor y siervo del capítulo Autoconciencia, sobre todo en el párrafo [la formación cultural]. Cf. *La Fenomenología del Espíritu*, Fondo de Cultura Económica, trad. Wenceslao Roces, México, 1966, pp. 120-21.

HOMO LUDENS

De este modo, el *homo ludens* sustituyó al *homo faber*⁴, el tallador de puntas de sílex y otros muchos utensilios con un fin inequívocamente práctico. El *homo sapiens* no significó una ruptura con su antecesor, el *homo faber*; fue su réplica y su consecuencia psicológica, mostrándonos de paso que la facultad de comprender procedió de la facultad de actuar. Ambos encarnan el tránsito que hay entre el hombre que trabaja y el hombre que juega. "El juego es, en un momento dado, la transgresión de la ley del trabajo; el arte, el juego y la transgresión se vinculan en un movimiento único de negación de los principios que presiden la regularidad del trabajo".⁵

El mundo del trabajo apenas hubiera podido desarrollarse si los hombres no hubiesen erradicado de él la actividad sexual y la presencia de la muerte en relación a las actividades organizadas y planeadas conforme a una finalidad utilitaria.

EROTISMO Y PROHIBICIÓN

Desde muy temprano, el erotismo fue objeto de prohibición, así como la muerte fue mantenida lejos del mundo de los que trabajaban con ayuda de una serie de tabúes. Las primeras sepulturas revelan sin lugar a dudas un cierto conocimiento de la muerte, un comportamiento inconfundible de la sociedad humana hacia los cadáveres. "...esos seres que hacían, que creaban objetos, que empleaban utensilios durables, comprendieron que morían, que había algo en ellos que no resistía, mientras que los objetos resistían al paso del tiempo. Algo no resistía... alguna cosa al menos se les escapaba. La conciencia de la muerte se impuso de este manera desde los tiempos más remotos, al término de los cuales hallamos el uso de la inhumación".⁶

En una conferencia ofrecida el 17 de enero de 1938, como parte de las actividades organizadas por la Société de Psychologie Collective, Bataille establece que ese comportamiento constituye el parámetro más indicativo de la separación del hombre con respecto al animal. Además, otra diferencia notable entre ambos estriba no sólo en los rasgos físicos y aptitudes intelectuales, evidentemente distintas, sino en la existencia de un conjunto de prohibiciones ante el cual los hombres se sienten comprometidos.

Para cualquier animal, nada hay que esté prohibido.

El erotismo fue el segundo signo visible de ese distanciamiento. La simple actividad sexual difiere del erotismo.⁷ Éste último se encuentra radicalmente ausente entre los animales, y se manifiesta en la vida humana como una actividad a la cual acompaña un cierto aspecto diabólico.

⁴ Vale la pena subrayar que, en este punto, Bataille se inspira en el libro de Johan Huizinga, *Homo ludens*, y así lo reconoce abiertamente en *Lascaux ou la naissance de l'art*.

⁵ O.C., t. IX, p. 41.

⁶ *Ibid.*, p. 31.

⁷ Desde el inicio de *L'érotisme*, Bataille explica al menos dos diferencias básicas. Si bien la actividad sexual encaminada a la reproducción se verifica tanto en los animales sexuados como en el hombre, éste ha sido el único capaz de convertir su actividad sexual en una actividad erótica. Por consiguiente, el erotismo es la actividad que no se fija como meta la reproducción. Y en este sentido, la segunda diferencia consiste, según palabras textuales de Bataille, en que el erotismo es "la aprobación de la vida aun hasta la muerte". Es claro, pues, que el despliegue de dicha actividad supuso la aparición previa de una conciencia de la muerte.

LO DIABÓLICO

En *Les larmes d'Éros*, Bataille especifica a qué se refiere por "diabólico": "Muy antiguamente, los hombres tuvieron de la muerte una conciencia temblorosa. Las imágenes de hombres con el sexo erecto datan del Paleolítico superior. Se cuentan entre las figuraciones más antiguas (nos preceden de veinte a treinta mil años). Las sepulturas más antiguas, empero, que responden a ese conocimiento angustioso de la muerte, son por mucho anteriores. Ya para el hombre del Paleolítico inferior, la muerte tuvo un sentido tan agobiante —y tan claro— que dio, como nosotros, sepultura a los cadáveres de los suyos.

"Así, la esfera "diabólica", a la cual el cristianismo otorgó finalmente, como lo sabemos, el sentido de la angustia, es en esencia contemporánea a los hombres antiguos. Para aquellos que creyeron en el diablo, el ultratumba es diabólico... No obstante, de una manera embrionaria, la esfera "diabólica" existía ya desde el instante en que los hombres —al menos los ancestros de nuestra especie—, tras reconocer que morían, vivieron en la espera, en la angustia de la muerte".⁸

Si el trabajo es el fundamento de la humanidad, toda prohibición relacionada con el erotismo y con la muerte fue lo primero que ella implicó. Por añadidura, hay un hecho desconcertante: los hombres asociaron desde la más remota antigüedad esos dos aspectos "malditos" de la realidad. El momento del orgasmo fue comparado con la "pequeña muerte". Más aún, aquellos humanos primitivos estuvieron sin duda hechizados por la muerte, cosa que muestran no sólo las pinturas de Lascaux, sino la mayoría de los sitios prehistóricos.

La primera vez que Bataille visitó la gruta de Lascaux, lo que más lo impresionó fue el "hombre del pozo". La escena pintada en el fondo de una depresión natural representa a un hombre con la cabeza de pájaro, derrumbándose ante un bisonte herido de muerte, con el vientre atravesado por una lanza y con las entrañas de fuera. El hombre que cae delante de los cuernos del bisonte es inconfundiblemente itifálico. Bataille encontrará en dicha escena un ejemplo difícilmente igualado de cómo la conciencia humana ha logrado expresar la unión perturbadora entre la muerte y el erotismo.

EL TABÚ DEL EROTISMO Y DE LA MUERTE

Si la muerte y el erotismo son tabúes, si han sido expulsados del universo del trabajo quedando identificados con lo "prohibido", comprendamos entonces que el hecho mismo de señalarlos y representarlos, sea como fuere, significa transgredir esa prohibición. Ya que la posibilidad del arte depende del tiempo lúdico, la función del juego, opuesto al trabajo, consiste entonces en transgredir los límites impuestos, que son a su vez la condición del trabajo. Un gran número de testimonios históricos y etnológicos revelan en todas las sociedades—alega Bataille— una polarización de la vida social en actividades regulares, cuyos límites son desbordados en ocasión de "fiestas" y de "juegos", la mayoría de las veces ritualizados.

Así, lo prohibido instaaura un mundo doble. Sin embargo, hay un pasaje entre ambos: no existe prohibición que no sea susceptible de ser transgredida. No siempre la prohibición es admitida, pero tampoco en todos los casos es proscrita. Podríamos llegar aun a formular esta proposición paradójica: "lo prohibido está ahí para ser violado". En este sentido, las "fiestas" ilustran a la perfección ese principio. Durante la fiesta (o el juego, siendo éste una fiesta limitada y no institucionalizada), lo prohibido queda paradójicamente invertido.

⁸ O.C., t. IX, p. 31.

INVERSIÓN DEL ORDEN SOCIAL

Bataille sigue en este tema varias de las tesis que Roger Caillois expone en su libro *L'homme et le sacré*, y retoma algunos de los ejemplos ofrecidos por Caillois relativos a esa inversión del orden social. Por ejemplo, en Oceanía, la muerte de un rey sirve de pretexto para los peores excesos. En Guinea, apenas el pueblo se entera que su rey ha muerto, todos participan en una ola de robo generalizado hasta que el sucesor es proclamado. En las islas Sandwich, luego de serle informada la muerte del rey, la muchedumbre se dedica a cometer actos que, durante el tiempo profano, son considerados criminales. Se causan incendios, hay pillaje, se mata, "mientras que las mujeres son obligadas a prostituirse públicamente".

De tales conductas existen equivalentes en nuestras sociedades contemporáneas: la noche de San Juan, los bailes de máscaras, los carnavales y sobre todo, las guerras —entendidas como la institucionalización temporal de la inversión de todos los valores. A este propósito, Bataille puntualiza: "La transgresión de lo prohibido no es la violencia animal. Es violencia, sí, pero ejercida por un ser susceptible de razón (en ese instante poniendo la sabiduría al servicio de la violencia). En última instancia, lo prohibido es el umbral más allá del cual el homicidio sólo se hace posible y, colectivamente, la guerra está determinada por ese umbral cuando es franqueado".⁹

Así, la transgresión no constituye un simple regreso al orden natural. Ella deja suspendida momentáneamente la vigencia de la prohibición, pero *no la suprime*.

LO PROFANO Y LO SAGRADO

Sin embargo, conviene precisar cómo ocurre la asimilación del mundo de la prohibición en el mundo profano y el mundo de la transgresión en el mundo de lo sagrado.

En el primer caso, el mundo prosaico del trabajo tiene garantizada su estabilidad gracias a los múltiples límites que impone lo prohibido. Dentro de su ámbito se verifican los intercambios económicos, la "práctica" libre de las cosas. Nada hay "sagrado" en él, pues nada es "tabú". En resumidas cuentas, es el mundo de las acciones permitidas, legítimas.

En el segundo caso, lo "sagrado" es aquello que permanece fuera del alcance de los hombres y consigue mantenerse a distancia de ellos a través del tabú. Lo sagrado designa, pues, lo prohibido, aquello que niega y destruye la separación a la cual nos aferramos por el miedo que experimentamos de la muerte. Asimismo, lo sagrado abre la vía que nos conduce a la transgresión. Ésta excede al mundo profano, sin llegar a destruirlo, ya que es su complemento. Por eso Bataille señala que la sociedad humana no sólo se desenvuelve en el mundo del trabajo. Simultáneamente, o sucesivamente, la componen el mundo *profano* y el mundo *sagrado*, que son sus dos formas complementarias.

Pero también lo sagrado suele ser objeto de la transgresión, esencialmente bajo las distintas formas que puede revestir el sacrificio. Éste, sin ir más lejos, es lo que posibilita que haya lo sagrado en el mundo. Además, constituye la forma más acabada de la transgresión. Ninguna otra acción humana —indica Bataille en *Le Jésusve*¹⁰— es tan significativa como esa. Su relevancia estriba en que el sacrificio transgrede lo prohibido —justamente todo lo que se yergue como prohibido por hallarse vinculado con la muerte— al mismo tiempo que lo inserta en el ámbito de lo sagrado. Por consiguiente, hay una ambivalencia de lo sagrado: lo puro y lo impuro.

⁹ O.C., t. X., pp. 67-8.

¹⁰ Cf. O.C., t. II, p. 13.

Este doble sentido de lo sagrado considerado como punto de partida es lo que imprime un sello distintivo a la concepción batailleana sobre la polaridad humana, lo que también le permite distanciarse del modelo dialéctico hegeliano. Si bien es verdad que la polaridad sagrado/profano podría condensarse en estos términos: el tiempo profano es al tiempo sagrado lo que el Esclavo es al Amo —o sea, el trabajo y el juego—, lo sagrado constituye un elemento de ese binomio que, a su vez, está polarizado.

DOBLE POLARIZACIÓN DE LO SAGRADO

En consecuencia, hay una doble polarización. La primera sería una polarización “débil”: la contraposición entre lo sagrado y lo profano. “Débil” porque es homogénea, es decir, en ella lo sagrado se define y se comprende a partir de lo profano, siendo éste el mundo de la razón, de la identidad, de las cosas, de la duración, del cálculo previsor con miras a un mañana. En ese mundo, cada objeto recibe su sentido dentro de una relación perdurable con algún otro objeto, tejiéndose así entre ellos una vasta urdimbre de mutuas referencias. Lo profano, pues, no sólo define lo sagrado, sino que lo absorbe y lo controla, ya que ese mundo es justamente el mundo inteligible, donde los elementos sensibles son reducidos a la condición de signos operativos cuyo único valor depende de su capacidad para remitir a posibilidades ulteriores.

A diferencia de la primera, la segunda contraposición entre lo sagrado y lo profano podríamos denominarla “fuerte” porque cada elemento del binomio emerge como radicalmente heterogéneo. Cada uno de ellos, en relación a su antagónico, es *lo otro*. Y este es el verdadero ámbito de lo sagrado. Al no fundamentarse en una correspondencia lógica consigo mismo, lo sagrado no sólo es contradictorio con respecto a la totalidad de las cosas del mundo, sino contradictorio consigo mismo. Lo sagrado es, en suma, esta contradicción que se multiplica indefinidamente y nada logra apaciguarla ni anularla.

No es una cosa, es algo, *algo* en realidad imposible, *pero está ahí*.

LOS EXCRETA

Siempre que la filosofía radicalizó la diferencia entre mundo sensible y mundo inteligible, lo hizo para alcanzar la serenidad que le proporcionaba el hecho de asimilar esa diferencia en el interior de su discurso, no sin antes reducir lo sensible a lo inteligible. Contrario a esta reducción, Bataille se encarga de introducir una dicotomía tajante. Por un lado, el conjunto de acontecimientos y conductas asimilables a una representación —llámese teoría o discurso— o simplemente utilizables por ser susceptibles de ser definidos como “cosas”, todo ese conjunto constituye el mundo homogéneo. Por otro lado, sin embargo, ese mundo tiene un reverso: el conjunto que reúne todos los elementos inasimilables bajo la forma o el procedimiento que sea, los cuales pueden ser definidos tan sólo negativamente como *excreta*—elementos que ninguna representación viable puede apropiárselos, ya que se trata de “residuos” inutilizables. Junto al mundo ordenado y comprensible que las “cosas” pueblan con su rumor habitual, los excreta configuran un territorio hediondo, ininteligible, que no puede ser designado con un nombre preciso, pero que forma parte integrante de la realidad.

Consecuentemente, lo sagrado abarca el universo que integra todo lo que es excretado por las sociedades y los individuos. Sin él, la plenitud del ser escaparía al hombre; ni siquiera podría soñar con la totalidad, y menos balbucear algo acerca de ella.

De tal suerte, no sólo el cuerpo se deshace periódicamente de lo que ya no le sirve. También el espíritu tiene sus excreciones... Y lo absoluto debe incluirlas, tiene necesariamente que incluirlas.

BIBLIOGRAFÍA

BATAILLE, Georges, *Œuvres Complètes*, Gallimard, NRF, XII tomes, Paris, 1970-1988, (tomes: I, II, IX, X).

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich , *Fenomenología del Espíritu*, Fondo de Cultura Económica, trad. Wenceslao Roces, México, 1966.

HUIZINGA, Johan, *Homo ludens*, Alianza Editorial, col. El Libro de Bolsillo, trad. Eugenio Imaz, Madrid, 1972.